



la Bussola

Santa Francisca Javier Cabrini en las obras de Meo Carbone
MARIA PIA CAPPELLO

Copyright © 2026

Todos los derechos reservados

Obras con copyright
Maestro Meo Carbone

Realización de la portada y maquetación
Benedetta Buratti

Traducción
Olga Mictil

Las fotos de las obras son propiedad del Maestro Meo Carbone



Todos los derechos reservados por ley. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida por ningún medio electrónico, mecánico o informático sin la autorización del autor. Este libro contiene material protegido por derechos de autor y no puede ser copiado, reproducido, transferido, distribuido, alquilado, licenciado, transmitido en público o utilizado de cualquier otra forma, salvo en los casos específicamente autorizados, según los términos y condiciones en los que se haya adquirido o según lo previsto explícitamente por la ley aplicable. Cualquier distribución o uso no autorizado de los textos, imágenes y códigos QR contenidos en este libro constituye una violación de los derechos del autor y será sancionado civil y penalmente de acuerdo con lo previsto en la Ley 633/1941 y sus modificaciones posteriores.

Classificazione Decimale Dewey:

759.5092 (23.) PITTURA. ITALIA. Persone

MARIA PIA CAPPELLO

SANTA FRANCESCA JAVIER CABRINI

EN LAS OBRAS DE MEO CARBONE



la Bussola



la Bussola

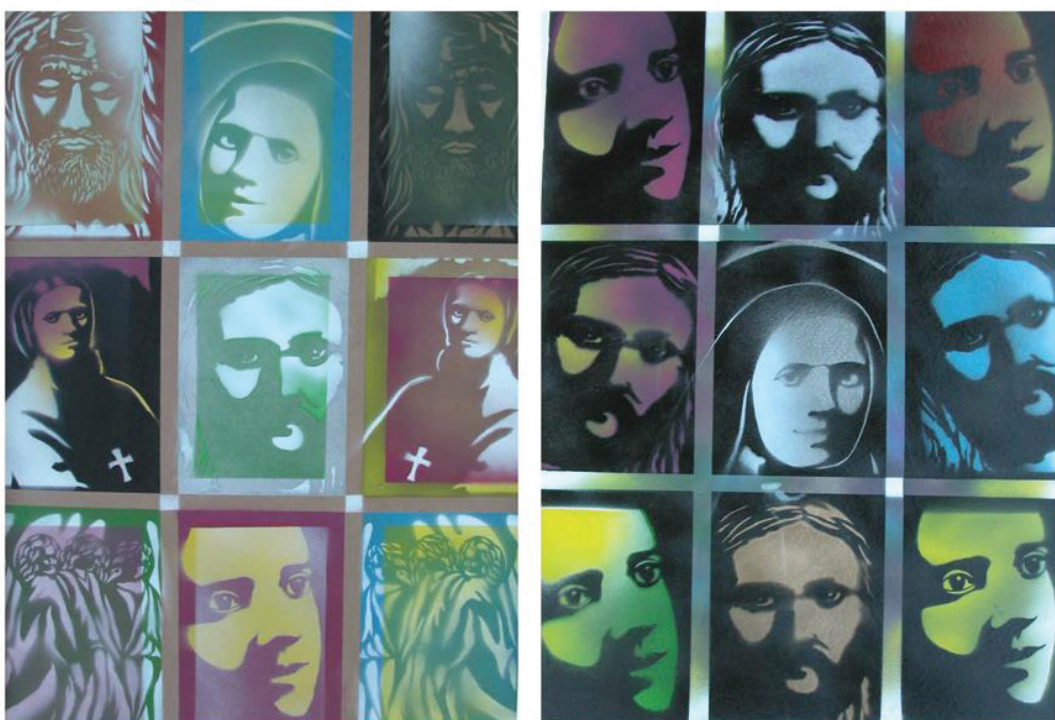


ISBN

979-12-5474-952-4

PRIMERA EDICIÓN

ROMA 10 JULIO 2026



**SANTA FRANCESCA
JAVIER CABRINI**

**en las obras de
MEO CARBONE**

Santa Francisca Javier Cabrini nació en Sant'Angelo Lodigiano, en la región italiana llamada Lombardía, el 15 de julio de 1850. La influencia de su padre Agostino y su madre Stella Oldini fue determinante en su formación espiritual y moral, ya que desde niña asimiló principios y valores que orientarían todo el curso de su vida. Un sólido vínculo familiar y un ambiente sereno y favorable contribuyeron a sentar las bases de su compromiso en el ámbito humanitario. Sus años de juventud, vividos en un contexto rico en valores comunitarios y atención hacia los necesitados, se caracterizaron por una gran sensibilidad hacia el prójimo y un sincero deseo de contribuir al bien común.

En 1870, tras la muerte de sus padres, decidió dedicarse a la enseñanza en el municipio de Vidardo. Con notable laboriosidad, pasión y vocación pedagógica, se ocupó de la formación de los niños, transmitiéndoles no solo conocimientos escolares, sino también valores éticos.

Su trabajo se convirtió en un pilar esencial, ya que contribuyó de manera significativa a la mejora de la educación y al crecimiento de las nuevas generaciones. También a través de su asistencia a la parroquia local, Francisca se dedicó con mayor intensidad a la espiritualidad y a las obras caritativas, estableciendo un vínculo profundo con la comunidad. Comprometiéndose sobre todo a apoyar a quienes vivían situaciones de marginación, reconocía en cada individuo a un hermano o una hermana. Con una rara inclinación a la compasión y a la escucha, Francesca comprendió el valor de la ayuda mutua, del alivio y de la acogida, reforzando en sí misma un absoluto sentido de la misión. Los años vividos en Lombardía, junto con su ferviente fe, constituyeron las raíces profundas de las que brotaron su compromiso futuro y su firme dedicación a garantizar el apoyo a los grupos sociales más expuestos a la fragilidad. Se trasladó a Codogno, aceptando la invitación de monseñor Antonio Serrati, párroco de la ciudad, que ya la había conocido en Vidardo en su papel de maestra y había apreciado sus dotes didácticas, profesionales y su profunda religiosidad. Francisca sintió nacer en sí misma la profunda inspiración de «consagrarse a Dios» y llegó a madurar la convicción de dedicar su vida a una misión superior, en plena adhesión a la voluntad de Dios, comprendiendo que su verdadera felicidad se realizaría en el servicio al prójimo y el ofrecer alivio a cualquiera que invocara ayuda. En 1874, tomó los votos como «Hermana de la Providencia», una consagración que tuvo lugar en un contexto complejo y doloroso, marcado por un sufrimiento que la había acompañado durante seis largos años. Fue un período que transcurrió en circunstancias que ella no había elegido, durante el cual se vio envuelta en tribulaciones y pruebas grandes e inesperadas. A pesar de las dificultades enfrentadas y de su delicada salud, esta etapa se

convirtió para ella en un verdadero camino de elevación, que la llevó al pleno florecimiento de su vocación espiritual y a compartir los principales objetivos de la Congregación: la difusión de la fe cristiana, el apoyo a la educación de las personas menos favorecidas para permitirles acceder al conocimiento y mejorar sus condiciones de vida, la promoción de una espiritualidad profunda inspirada en el Sagrado Corazón de Jesús, el fomento de la oración y la reflexión espiritual, la comunión de los valores auténticos y las enseñanzas cristianas, la contemplación del amor y la infinita misericordia divina. Añadió el nombre de Javier como señal de devoción a San Francisco Javier, que difundió el Evangelio en tierras lejanas, especialmente en la India y Japón. Este nuevo camino se configuraba como la síntesis armoniosa entre su vocación y su anhelo espiritual, fruto de un crecimiento consolidado a lo largo del tiempo.

Unía el deseo de ayudar con el de cultivar las almas, dando así un sentido elevado y completo a su camino existencial.

El altruismo, la generosidad y la intensa espiritualidad constituyeron las bases de su vocación religiosa, vivida como la evolución natural de una existencia ya dedicada al servicio de la humanidad.

En 1880 fundó la orden de las «Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús» con el objetivo de proporcionar apoyo material y espiritual a la sociedad necesitada de cuidados, afecto y comprensión.

Su obra se extendió rápidamente, aportando cambios sustanciales no solo en el panorama religioso, sino también en el educativo y social. Fundó institutos que no se limitaban a formar a los jóvenes, sino que también inculcaban principios morales y espirituales.

Su pasión por la educación y su compromiso con la asistencia social se convirtieron en símbolos de una misión ejemplar. En 1888, Madre Francisca se reunió personalmente con el papa León XIII, quien inmediatamente reconoció su valentía y elogió el valor de su trabajo. A darle a conocer el drama de los italianos en América fue el venerado San Juan Bautista Scalabrini, quien, con su gran sensibilidad pastoral, le habló de la difícil situación de los inmigrantes.

Durante la conversación, el Papa tomó la decisión y pronunció la famosa frase: *«No entregar Cabrini al Oriente, sino al Occidente»*, orientando su misión, indicándole la dirección a seguir y revelándole también la voluntad de Dios en relación con la situación histórica del momento, un período que exigía un compromiso concreto y urgente, tanto para los emigrantes italianos como para la Iglesia en el Nuevo Mundo. Reconociendo su espíritu perseverante y su constante laboriosidad en la asistencia a los más vulnerables, el papa le pidió que ampliara las actividades religiosas y humanitarias en este continente, entonces aún muy lejano, pero que él mismo conocía bien por las dificultades que

estaban atravesando las personas. La decisión de enviarla al extranjero se basaba en la convicción de que sus grandes capacidades podrían aportar una contribución significativa a la comunidad, no solo a través de la evangelización, sino también mediante el apoyo a hombres, mujeres y niños que se encontraban en condiciones de grave dificultad. A pesar de su profundo deseo de dedicarse a la misión en China, Madre Francisca aceptó con valentía y devoción, dispuesta a responder a la llamada que la historia le reservaba, confiada en que su misión llevaría esperanza a aquellas tierras lejanas y desconocidas, pero bien trazadas por los migrantes en los mapas del mundo. Sin duda, durante el histórico encuentro con el papa, Madre Francisca se encontró ante una revelación que marcaría un punto crucial en su camino.

En esta nueva tarea, la vocación formativa y la espiritual convergían y se fundían en una síntesis inseparable orientada hacia un gran objetivo: ayudar a los huérfanos y a los pobres. Se marchó con seis misioneras para emprender un largo y arduo viaje en barco, marcado por enormes y significativos retos logísticos. A pesar de las complicaciones su fe inquebrantable y su espíritu decidido le dieron una inmensa energía interior, capaz de superar cualquier obstáculo. Su resiliencia y fortaleza inspiraron a sus hermanas y se convirtieron en un ejemplo de firmeza en un contexto muy difícil. Así comenzó su extraordinaria historia: llegó a Ellis Island el 31 de marzo de 1889.

Con una dedicación notable, se convirtió en un faro de esperanza y un punto de referencia para millones de italianos que, lejos de su tierra natal, vivían en condiciones críticas y, a menudo, eran marginados. Con su firme fe y su innata humanidad, se convirtió en promotora de una red de apoyo y fraternidad, ofreciendo no solo consuelo espiritual, sino también ayuda práctica a quienes tenían que afrontar y superar las enormes dificultades de la vida cotidiana.

Ella no quería que se perdiera el tiempo inútilmente y creía que cada momento, incluso en el dolor y la dificultad, debía tener un sentido y convertirse en una verdadera oportunidad de crecimiento colectivo y de realización concreta de los objetivos. Su figura se afirmó como un símbolo de gran valentía y caridad cristiana, convirtiéndose en una luz que iluminaba el camino del hombre perdido, marginado y sin esperanza, en busca de refugio, asistencia y apoyo en la nueva tierra. Empujados por las insostenibles y difíciles condiciones de vida en su patria, hombres y mujeres emprendieron la larga travesía del océano para llegar a los Estados Unidos, aspirando a una vida mejor y más digna. Las pinturas y esculturas de Meo Carbone reflejan este período de profundas transformaciones sociales y económicas, en el que la emigración representaba tanto un desafío como una oportunidad.

Los rostros retratados en la obra ***Madre Cabrini con las imágenes de la emigración*** expresan el cansancio y las incertidumbres de los migrantes mientras se dirigían hacia una nueva tierra con el equipaje simbólico cargado de esperanzas y deseos de cambio.

Las partidas estaban marcadas por expectativas, inquietudes y momentos de reflexión en los que el deseo de mejorar se entrelazaba inevitablemente con la ansiedad por lo desconocido.

El artista acentúa la complejidad de su situación, inmortalizándolos con ropas que denotan su grave precariedad económica.

Las maletas y las prendas sencillas dan testimonio de la vida de quienes tuvieron que dejarlo todo atrás, llevándose solo lo estrictamente necesario. Nada superfluo ni decorativo aparece en las obras de Meo Carbone: cada detalle, desde la vestimenta hasta la postura, contribuye a resaltar el malestar y el sufrimiento. Cada arruga se convierte en un signo tangible del peso de las luchas cotidianas, de la batalla por la supervivencia y del esfuerzo agotador y casi imposible por un futuro mejor. En cada pequeña sonrisa se percibe la sombra del arrepentimiento y la nostalgia por la patria añorada.

En un horizonte donde la luz del optimismo se confunde con la oscuridad de la decepción, Carbone conduce la evolución de cualidades estructurales estrechamente relacionadas con identidades paralelas.

El paisaje que rodea a los personajes es árido y carece de elementos que puedan indicar estabilidad o seguridad; por el contrario, los entornos abarrotados y las minas reflejan sufrimientos y sacrificios inimaginables. Las metrópolis evocan desorientación y soledad porque muchos vivían en situaciones de inestabilidad y marginación social.

Este espacio vacío y desolado, visible en muchas obras, acentúa la idea de precariedad, privación y condición social, caracterizada por la vulnerabilidad y la inseguridad.

En un momento tan complejo, gracias a la inmensa ayuda de Madre Cabrini y sus misioneras, los emigrantes italianos lograron acceder a la asistencia, resolver trámites burocráticos, recibir atención médica y superar las barreras lingüísticas, alcanzando un equilibrio entre sus fundamentos identitarios y la capacidad de adaptarse a las diferentes circunstancias. Un punto clave es destacar que las esculturas y pinturas de Meo Carbone no son solo testimonios ilustrados de la masiva emigración italiana a los Estados Unidos, sino también expresiones de las emociones que han marcado y siguen caracterizando las complejas experiencias migratorias, relacionadas aún hoy con la multiplicidad de factores que las determinan y los cambios que conllevan.

Es importante destacar que los contrastes entre el desánimo y la intrepidez, la desmoralización y el entusiasmo, la serenidad y la desilusión,



la vitalidad y la vitalidad se manifiestan en toda su obra, transformando a cada personaje en un símbolo de esperanza y resiliencia.

Estas dualidades ponen de manifiesto el estado de ánimo de los migrantes además de la capacidad de resistir y reaccionar con tenacidad y optimismo. De este modo, cada historia pintada o esculpida se convierte en un acto de transformación, un viaje no solo físico sino también interior, en el que la esperanza y la actitud constructiva se entrelazan para superar las dificultades encontradas durante el camino. Encarnando la capacidad de sacar energía incluso de las circunstancias más desesperadas, el migrante es un emblema de fuerza que logra afrontar las amarguras y el escepticismo con audacia y determinación. De hecho, no es solo un viajero en busca de un lugar mejor, sino un héroe atemporal que nunca deja de soñar. Sin duda, los héroes afrontan con valentía e integridad moral incluso el sentimiento de derrota y decepción, típico del pasado y de la modernidad. A pesar de atravesar las sombras más oscuras, los túneles más tenebrosos y los mares más tempestuosos, logran encontrar su camino, avanzando con firmeza hacia la luz metafórica que ilumina un nuevo comienzo y una brillante certeza. Cabe destacar además que Meo Carbone consigue valorar a hombres y mujeres, convirtiéndolos en protagonistas de una narración universal sobre la condición humana, la adaptación y la capacidad de resistir incluso en las situaciones más difíciles. Al explorar el tema del desarraigo y la desconexión del pasado, el artista no se limita a representar el aspecto exterior, ya que, a través de los rasgos de los rostros y las profundas arrugas esculpidas por la dureza de la existencia, narra historias individuales y colectivas. Los rostros de los sujetos retratados evocan profundas resonancias y revelan una compleja trama de sentimientos: fuerza interior, ansiedad, preocupación, desconcierto, pero también la esperanza de transformar las diversas existencias marcadas por las tribulaciones. Estos estados emocionales son evidentes en ***Imágenes e historias varias***, donde las arrugas perceptibles y las diferentes expresiones de los personajes sirven como testimonios visuales de su gradual y difícil proceso de transición, facilitado por la gracia de Madre Francisca y sus misioneras, que facilitaron su integración en la sociedad estadounidense. Sus rasgos encierran y transmiten una multiplicidad de significados: las miradas melancólicas, los rasgos cansados y las sonrisas apenas esbozadas reflejan cambios impregnados de esperanzas y sacrificios. Con la ayuda de diferentes estratificaciones, cada detalle del rostro se convierte en un signo indeleble de las experiencias vividas. En el centro de la obra, Madre Francisca se distingue entre una multitud de figuras superpuestas de hombres y mujeres, evocando a las miles de personas a las que ha ayudado. El artista crea un tejido



visual variado: el color amarillo representa la iluminación espiritual, el calor y la energía, mientras que el color negro aporta realismo a la escena y recuerda la dureza de la existencia. La cruz, el rostro y las manos de Madre Francisca son de color blanco y simbolizan el papel central y divino, la confianza en el miedo, la luz más allá de la oscuridad del desamparo. Cabe destacar que Meo Carbone explora este período histórico no solo a través de las diferentes etapas de las historias individuales, sino también como parte esencial de la memoria colectiva de la emigración, resaltando las emociones de quienes partieron hacia tierras desconocidas, enfrentándose a nuevos retos y cultivando el deseo de evoluciones positivas.

El realismo también se expresa en el juego de luces y sombras que genera geometrías en diálogo con las orientadas por las fotografías, alimentando así el espíritu de la memoria.

Los puertos, abarrotados y frenéticos, eran lugares de transición cargados de emociones contradictorias: la ilusión por unos días mejores se mezclaba con la melancolía de separarse de la propia tierra, de los familiares y amigos. La fase inicial del embarque se caracterizaba por una larga y a menudo agotadora espera. Muchos hombres y mujeres, animados por una gran esperanza, realizaban los trámites de embarque, que consistían en la verificación de los documentos, la carga del escaso equipaje y la formalización de los trámites. Las esperas en los puertos anticipaban las primeras etapas que marcarían el comienzo de una larga e incierta travesía transoceánica. Una vez llegados a Estados Unidos, continuaban su espera en la isla de Ellis, donde se sometían a un control médico y a una verificación de los requisitos. Esta estancia obligatoria representaba la última etapa de su camino hacia una nueva fase, el momento crucial en el que finalmente se hacía realidad el sueño de entrar oficialmente en Estados Unidos y empezar a construir su futuro. En la obra ***La Espera- El Sueño***, Carbone presenta una escena de intensa emotividad: una madre sostiene en brazos a una niña, junto a ella están su hija y su hijo mayor con un hatillo al hombro.

El uso predominante del gris y el negro genera incertidumbre y hace visibles las expresiones emocionales de los personajes, acentuando la ansiedad del momento e intensificando una espera cargada de significado. Al infundir a la escena una sensación de tiempo suspendido y una profunda introspección en un espacio temporal definido, crea un equilibrio cromático que induce al observador a reflexionar sobre la tensión afectiva. Al detectar temas de expectativa y aprensión, capturando momentos de quietud y perspectivas difusas, representa tanto la espera en los puertos italianos como la de la isla de Ellis.

De esta imagen surgen los retos titánicos y las esperanzas de aquellos



que se reinventaron la vida en un país extranjero. Por fin, el sueño se estaba haciendo realidad, iluminado por la sonrisa y la tenacidad.

En la aerografía sobre madera, **Avistamiento**, se representa el emocionante momento en el que la Estatua de la Libertad se perfilaba en el horizonte, marcando el final de un arduo viaje y el comienzo de un nuevo capítulo en su camino. La obra se distingue por una composición sugerente y estratificada, realizada mediante líneas geométricas y superposiciones de figuras: algunas están de pie, con la mano levantada y el dedo apuntando hacia el monumento, símbolo de renacimiento y acogida. Cada ola aterradora y gélida superada, cada terrible tormenta afrontada, había contribuido a hacer este momento aún más importante, porque los emigrantes habían transformado el miedo y la angustia abrumadora en una conquista llena de expectativas para el futuro.

En el horizonte emergen fragmentos de recuerdos pasados que se entrelazan con las nubes pasajeras, confundiéndose con las impresiones del presente. Una vez más, el color predominante es el negro, que transmite el temor, los obstáculos y la complejidad de la experiencia migratoria. Pero se percibe una poderosa atmósfera de alegría, alimentada por los tonos dorados que sugieren la idea de nuevas posibilidades y transformaciones positivas.

Imbuidas de una eufórica sensación de felicidad, dejan entrever una perspectiva de alegre evolución. A través de esta representación simbólica de la transición de la oscuridad del pasado a la luminosidad del presente, Meo Carbone evoca no solo un camino de cambio, sino también la radiante energía universal.

Las tenues veladuras de blanco y rosa simbolizan el optimismo y una sensación de armonía y serenidad. Lejos de constituir una mera función decorativa, son un medio expresivo que involucra al espectador. Su delicadeza indica un proceso artístico íntimo y reflexivo, que invita a explorar las emociones que surgen de la misma madera. En la parte inferior de la obra, las franjas geométricas de luz desempeñan un papel determinante: cortan el espacio con precisión y, al mismo tiempo, se entrelazan delicadamente con los tonos blancos y celestes, creando una armonía visual entre el rigor y la meditación.

Las líneas luminosas además de representar un elemento pictórico amplifican la sensación de serenidad, ya que muestran una apertura hacia nuevos horizontes, la superación de los límites del miedo y la aceptación del infinito potencial de la confianza.

Al interactuar con la luz geométrica, las nebulosidades en blanco y negro se alternan en una secuencia de contrastes y cohesiones, resaltando la dualidad entre la fuerza emocional y la estructura formal, el calor humano y el rigor narrativo. Al representar un itinerario de renovación



vital, la obra se convierte tanto en un mensaje de esperanza como en una reflexión tangible sobre la armonía entre el orden y el desorientación, el pasado y el futuro. Dado que el proceso de integración en un nuevo entorno planteaba retos exigentes tanto desde el punto de vista práctico como emocional, el artista describe un momento suspendido entre la aspiración y la incertidumbre, en el que el futuro se presentaba como un horizonte abierto y aún indefinido.

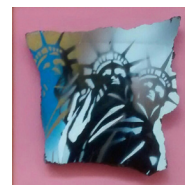
En consecuencia, en cada movimiento y cada palabra apenas intuida se percibe una trama de emociones contrapuestas: por un lado, el camino hacia la realización de nuevos sueños; por otro, las inevitables inquietudes asociadas a lo desconocido. Por lo tanto, la pintura no refleja la fase decisiva, sino la ardua elección en la inexplicable encrucijada de la existencia, ya que encontrar el camino correcto era muy difícil.

La aspiración de tener nuevas oportunidades y la espera de un renacimiento tan ansiado se unían a los miedos e inseguridades relacionados con la entrada en un territorio extenso y desconocido.

Carbone representa así el emocionante momento en que los migrantes divisaron la **Estatua de la Libertad**: el majestuoso monumento se erigía como símbolo universal de acogida y esperanza.

No se trataba solo de un acontecimiento visual, sino de una experiencia cargada de un profundo significado. La estatua, con su faro luminoso y su antorcha en alto, encarnaba el sueño largamente perseguido, la culminación de un largo y a menudo tortuoso viaje a través del océano, y tal vez lograba atenuar esa sensación de nostálgica separación de la familia y los amigos que generaba un fuerte y permanente dolor emocional. En la aerografía sobre mármol titulada Estatua de la Libertad, tres imágenes asimétricas emergen de un fondo rosa, cada una caracterizada por un color diferente: negro, azul claro y blanco. La variedad cromática representa los múltiples matices del sueño del emigrante: desde las aspiraciones más sólidas y difíciles de concretar, simbolizadas por la estatua negra del centro, hasta las visiones más idealistas e indefinidas, encarnadas por la estatua azul con matices amarillos. La estatua lateral, envuelta en una sección superior blanca, deshilachada y flotante en los bordes, evoca la realización de los ideales y el logro de los sueños, nunca completamente definidos y siempre en continua evolución. El cuadro es muy evocador y su carácter icónico sugiere la idea de un puerto seguro en una tierra prometedora, en contraste con las dificultades e incertidumbres que habían caracterizado la interminable travesía.

Con la obra **Imágenes y sueños de libertad**, Carbone exhorta a los hombres a no dejar nunca de creer en sus sueños. La Estatua de la Libertad, en este escenario, simboliza la gran oportunidad, marcando



para los migrantes de todas las épocas el comienzo de un renacimiento de su existencia. En la parte superior izquierda, las dos imágenes indican un camino de integración y confianza en un futuro próspero, ofreciendo múltiples interpretaciones y lecturas sobre diferentes perspectivas. Aparecen los rostros de numerosos hombres representados con expresiones sonrientes y contemplativas que enfatizan la conexión positiva con su sueño, alimentado por los tonos celestes y los matices amarillos que simbolizan energía y optimismo. La nebulosidad del blanco no es solo estructural, sino que está cargada de significado simbólico, ya que sugiere que la luz, aunque indefinida, está destinada a intensificarse, abriendo el camino a nuevas posibilidades. Este resplandor gradual se convierte en una metáfora del proceso interior de transformación que no es repentino, sino que se desarrolla a través de diferentes fases de desafíos, tomas de conciencia y maduración. Sin embargo, hay que destacar que, si bien la experiencia migratoria estuvo marcada por el desorientamiento, la reinención, la adaptación y las luchas cotidianas por sobrevivir en un contexto adverso, también se caracterizó por la temeridad, el espíritu combativo, el vigor y la determinación. Sin duda, la llegada a un nuevo continente implicaba la necesidad de adaptarse a culturas e idiomas diferentes. No era un simple desplazamiento geográfico sino de una evolución que incluía la identidad y una adaptación paulatina y problemática. Dichas historias son testimonios de luchas y perseverancia y reflejan procesos de transformaciones caracterizados por sacrificios, preocupaciones y aspiraciones, sobretodo por el futuro de los hijos. En la obra ***Una familia italiana llegando a Nueva York***, Se representa a una familia compuesta por el padre, la madre y sus cuatro hijos: cada uno de ellos expresa una intensa y profunda emotividad. Sus miradas, lejos de manifestar alegría, transmiten una evidente preocupación y una sensación de desorientación. A través de los rostros cansados y agotados, el artista captura el estado emocional de una familia obligada a enfrentarse a la incertidumbre de un futuro incierto, mientras se prepara para emprender un nuevo camino. De hecho, los protagonistas están envueltos en intensas veladuras rosas sobre un fondo negro, lo que acentúa el efecto dramático y crea una atmósfera nebulosa, ya que representa el vacío, lo inexplorado y la condición de aislamiento. Este contraste cromático agudiza las expresiones ya plasmadas en los rostros, aumentando la sensación de preocupación y el estado de inmóvil incertidumbre que impregna la composición. A través de esta dinámica interacción entre color y forma, la obra se convierte en una reflexión ponderada sobre la carga emocional que experimentaron aquellos que emprendieron un viaje incierto. Se percibe una sensación de soledad, como si el mundo exterior careciera



de apoyo, dejando a la familia sola para enfrentarse a la oscuridad de su difícil existencia. En contraste, el rojo es un color que aporta energía, lo que sugiere que, a pesar de su fragilidad, los miembros de la familia están dispuestos a hacer cualquier sacrificio para alcanzar sus sueños. El padre lleva sombrero, un detalle que refleja las costumbres de la época y que adquiere un significado importante dentro de la familia y el entorno, ya que no es solo un accesorio funcional, sino que también representa un signo de dignidad, identidad, responsabilidad y protección. En un ámbito específico, el padre reafirma su papel de cabeza de familia y preserva una tradición que no tiene intención de abandonar. En este momento de grande inseguridad, en el que muchas de las cosas que pertenecen al pasado son ahora solo un recuerdo lejano, el sombrero se convierte en uno de los pocos vínculos tangibles que el padre intenta conservar, simbolizando el intento de mantener un sentido de continuidad entre una realidad radicalmente diferente y la patria idealizada con nostalgia y nunca olvidada. Las familias se enfrentaban a menudo a graves dificultades de integración, como las barreras lingüísticas, la discriminación y los prejuicios. Las condiciones de vida en los barrios en los que se establecieron se caracterizaban por el hacinamiento y la escasez de recursos, mientras que las limitadas oportunidades laborales obligaban a muchos hombres a aceptar empleos precarios y mal remunerados, relegándolos a los márgenes de la sociedad. La adaptación requería un esfuerzo continuo, no solo para sobrevivir a los retos diarios, sino también para dar forma a una nueva identidad en un entorno completamente diferente y a menudo extraño, donde todo parecía desorientador y difícil de comprender y asimilar. Para poder integrarse, tuvieron que redefinir su existencia, salvaguardando sus raíces culturales y adaptándose a las nuevas dinámicas sociales y económicas.

El renacimiento tan deseado a menudo parecía un destello lejano, difícil de vislumbrar, ya que las expectativas a menudo se estrellaban contra la dura realidad, como olas contra las rocas.

La luz de Madre Cabrini y sus misioneras iluminó su mundo, disipando las sombras y enriqueciendo la vida cotidiana con nuevos amaneceres radiantes, llenos de esperanza y profunda religiosidad.

Esta luz, evidente en la obra ***Familia en Azul***, se asocia con el renacimiento de las familias tras momentos difíciles.

Lejos de los tonos sombríos y opresivos de otras obras, genera una armonía que enfatiza el cambio positivo, la confianza en tener un trabajo digno y la seguridad económica. La luz azul, inicialmente tenue, crece gradualmente en intensidad hasta impregnar y envolver sus sueños. Este resplandor adquiere un significado particular, ya que el pintor lo



relaciona con ese tipo de renacimiento tras el miedo que surge como un amanecer de esperanza en un contexto marcado por las dificultades y las incertidumbres. Al mismo tiempo, la luz se convierte en emblema de la ayuda prestada por Madre Cabrini, pilar fundamental en el apoyo a las familias a lo largo del difícil camino de la emigración, infundiendo confianza en sus vidas.

La religión, elemento esencial de la identidad individual y colectiva, se expresaba en los sacramentos y la oración que los unía a todos, representando una luz y un importante sentido de pertenencia, asegurando la continuidad con el pasado, salvaguardando y manteniendo las celebraciones, transmitiendo tradiciones que definían la esencia de la comunidad y de la familia italiana.

En la obra **Madre Cabrini**, se pone de manifiesto con claridad su constante cercanía a las personas, manifestada no solo a través de gestos concretos, sino también con la fuerza silenciosa del espíritu.

Su presencia tranquilizadora se manifestaba en su propensión a escuchar y comprender, aconsejando y acompañando a las personas en los momentos críticos, infundiéndoles el valor necesario para afrontar los obstáculos y alimentando una energía renovada para el cambio deseado. De hecho, la progresión que va desde las representaciones de la Madre Cabrini hasta las figuras estilizadas de obreros y migrantes expresa la unión entre su papel de guía espiritual y la realidad social.

El uso predominante del blanco, el amarillo y el rosa para los rostros de la monja enfatiza la pureza espiritual y la devoción, mientras que las líneas blancas sugieren orden, claridad y veneración.

Desde una perspectiva visual, Carbone destaca la conexión entre la labor caritativa de Madre Cabrini y el contexto humano y laboral de los inmigrantes, reforzando la idea de su consuelo, que se arraigaba en la realidad cotidiana. Su incansable compromiso con la cohesión comunitaria se puso de manifiesto en las instituciones que fundó, como orfanatos, escuelas y hospitales, que integraban valores religiosos, sociales y humanitarios. Su labor, respaldada por el notable compromiso de sus misioneras, se extendió a numerosos lugares del mundo, ofreciendo apoyo a miles de personas y ayudándolas a recuperar la confianza en momentos de desorientación, confusión y desesperación.

En la obra **Santa Francisca Cabrini en Nueva York**, Carbone combina elementos sagrados y comunitarios. La figura central de Santa Francesca Cabrini sugiere guía y asistencia; los rostros de los emigrantes indican su llegada a Nueva York y su lenta y compleja integración. En busca de un futuro más prometedor, se enfrentaron al peso de la separación y la lejanía, a los retos lingüísticos y al riesgo de perderse en las calles de una gran metrópolis. El artista utiliza luces y



sombras para comunicar los principales elementos narrativos: el fondo negro, relacionado con la complejidad, deja aflorar los miedos y las fragilidades humanas, mientras que las dos pequeñas representaciones de la Estatua de la Libertad evocan un futuro lleno de expectativas y deseos. El color celeste introduce tanto un diálogo entre la luz divina y las oraciones de los migrantes como una sensación de optimismo, ya que, al estar asociado con el cielo y la divinidad, transmite paz y serenidad. Estos conceptos se acentúan con los rayos que rodean el rostro de Santa Francisca Cabrini, ya que evocan la santidad, la divinidad, la iluminación y la gracia divina. Son elementos artísticos que transmiten una conmovedora narración de la religión practicada, al tiempo que ofrecen un importante motivo de reflexión. Su dedicación, alimentada por una profunda compasión hacia el prójimo y una sólida confianza en la ayuda divina, era un punto de referencia luminoso para la comunidad. Con su ejemplo de vida, sus palabras cargadas de sabiduría religiosa y su iluminada sabiduría, lograba infundir resiliencia y coraje, apoyando a las personas en dificultades y guiándolas hacia una renovada y gran fortaleza de espíritu. Llevando un mensaje de humanidad y dignidad en contextos a menudo marcados por la indiferencia o la rigidez, la Madre Cabrini representaba y sigue representando un ejemplo de cómo la luz divina puede orientar y proteger a las personas, incluso en las adversidades y momentos más oscuros de la existencia.

Al expresar con excepcional intensidad la unión entre lo divino y lo terrenal, inspiró e inspira aún hoy a los fieles a vivir su espiritualidad con firmeza, afrontando y superando las pruebas cotidianas con la confianza en Dios. En la aerografía sobre placa de cristal **Rostro de Francisca**, la representación se configura como una expresión visual poética de la santidad, realizada a través de una sabia fusión de elementos iconográficos y cromáticos. En una dimensión trascendente y divina, Santa Francisca Javier Cabrini transmite una sensación de paz y felicidad. Su rostro está representado en un blanco luminoso para simbolizar la pureza, la santidad y la cercanía a Dios. Asociado a la perfección espiritual y a la luz divina, este color representa lo inefable, la gracia y la capacidad de la santa para iluminar el camino de los fieles, continuando ofreciendo guía, esperanza y consuelo inconmensurable. La sonrisa benévola y la mirada, impregnadas de una tranquilidad serenadora, son los elementos más significativos de la obra, ya que expresan una gran compasión cristiana y un apoyo espiritual perenne. De particular relevancia es la aureola luminosa, realizada mediante un diseño geométrico abstracto y una gama cromática con tonos amarillos y rojos, enriquecida con matices de verde y celeste. La elección cromática acentúa el aura de sacralidad y transmite un equilibrio armonioso que

